

SOBRE LA EVIDENCIA OBJETIVA EN CIENCIA Y EN FILOSOFIA

Por CARLOS PARIS

Reiteradamente ha subrayado la meditación histórica la profunda diversidad formal entre la evolución temporal del pensar filosófico y científico positivo. Un sentido de continuidad e incremento incesante parece presidir el desenvolverse de la ciencia en lo histórico. Un signo tantástico de perenne recomenzar, de ataque, eternamente renovado a posiciones inmutablemente idénticas, se presenta incrustado fatalmente en el desarrollo de la meditación filosófica. El viejo mito de Penélope se nos muestra, al parecer, nitidamente encarnado en el destino histórico de la filosofía.

Este contraste entre el progresivismo de la historia científica y la aparente incontinuidad de la filosofía ha sido subrayado en momentos bien conocidos de la especulación filosófica moderna, cuyos resultados ha impulsado en medida nada despreciable. Central y decisivamente debemos recordar el caso de Kant. "Si la elaboración de los conocimientos que pertenecen a la obra de la razón lleva o no la marcha segura de la existencia, es una cosa que puede pronto juzgarse por el éxito" (1). De este modo, matemática y física—como también lógica—, desde tiempo más próximo o remoto, han sabido encontrar el firme camino de la ciencia, consiguiendo una ascensión progresiva o sólida estabilidad desde la fecha de este encuentro, piensa Kant (2). Nada de ello ocurre con la metafísica: "La metafísica... no ha tenido hasta ahora la fortuna de emprender la marcha segura de una ciencia" (3). "Parece casi digno de risa que mientras todas las ciencias progresan incesantemente, la que se tiene por la sabiduría misma... (la metafísica) dé vueltas, siempre en la misma dirección, sin poder avanzar un paso" (4).

No hace falta ser un zahori para comprender así las motivaciones psicológicas de la eliminación kantiana de la metafísica trascendente, engaño de la razón humana, frente a la fundamentación del conocer físico y matemático. Motivaciones situadas en la línea problemática que estudiamos.

Bien recientemente un trabajo de la interesante revista "Philosophia Naturalis" recoge el mismo tema (5). Para su autor, Meurers, la historicidad se inserta formalmente en el pensar filosófico, mientras que constituye tan sólo connotación accidental en el decurso propio del científico natural.

Paralelamente a esta oposición, en el sentido de sus evoluciones históricas, se desenvuelve el otro gran aspecto del contraste criteriológico, más aparente entre ciencia y filosofía. La unanimidad en la aceptación de los resultados científicos y la universalidad de su validez frente a la discutibilidad de las proposiciones filosóficas y su pluralidad sistemática. Evidentemente esta diversidad en la eficacia impositiva de sus afirmaciones por parte de la ciencia y la filosofía constituyen el fundamento de la situación histórica comentada. La incontinuidad de la evolución filosófica se fundamenta en la radical discutibilidad de la filosofía.

Desde este ángulo el tema se carga de gravedad. Ante un simple fracaso histórico podríamos ampararnos en razones accidentales. A la luz de la última consideración vemos, empero, el modo en que en la intimidad del organismo filosófico se inscribe esta falta de continuidad de su historia. Automáticamente se levanta ante nosotros un orden de apremiantes cuestiones. ¿No cabe una probación contundente en filosofía? ¿Cuál es la índole relativa de las evidencias científica y filosófica? ¿Qué estructura de objetividad faculta las peculiaridades desilusionadoras de la filosofía en su realización histórica?

* * *

Antes de abordar la elaboración sistemática de estas interrogaciones—desde luego excesivamente magnas para nuestros límites espaciales—hemos de llamar la atención sobre el modo en que este orbe de inquisiciones ha sido tratado implícitamente en algunas grandes doctrinas modernas. Concretamente en el intento de eliminación de la filosofía del positivismo, en la reelaboración metodológica de ésta en el cartesianismo, el kantismo o la fenomenología, y cerca de estas intenciones, pero con matices muy propios, en la fundación de una "filosofía científica", avizorada desde Brentano.

El positivismo representa la reacción primaria del pensamiento moderno frente a esta gran inquietud. Se trata de suprimir radicalmente la metafísica y sustituirla por la ciencia positiva. Esta suplantación podrá tener uno u otro sentido: superación en hilo progresivo de un ascender histórico de un estadio a otro en el pensamiento comtiano, afirmación de la elemental falta de sentido de toda proposición metafísica en el neopositivismo de un Carnap. Sea cualquiera la forma concreta de modular la respuesta, el positivismo aparece ante nos-

otros como liquidación primaria de este contraste entre la historia de la ciencia y la filosofía por la negación plenaria de uno de ambos términos: el saber filosófico como ordenada aspiración científica.

Congruentemente a este repudio de la filosofía, el pensamiento positivista se dedica a bosquejar una gnoseología en que las aspiraciones ontológicas sean "de radice" excluidas, montando el edificio del conocer humano en términos empírico-fácticos

Con aspiración diametralmente opuesta se sitúan, desde la iniciación misma de la filosofía moderna hasta nuestros días, el cartesianismo, el kantismo y la fenomenología. En sus doctrinas se va retomando a lo largo de la historia filosófica moderna un motivo esencialmente coincidente: la conquista de un método que permita a la filosofía reorganizarse con la solidez y exigencia de todo conocimiento científico. Se trata de evitar el error en Descartes, de fundamentar la filosofía trascendental en Kant, de construir el saber filosófico "como ciencia rigurosa" en el tópico de Husserl. Nada más significativo de las condiciones del pensamiento moderno. Tampoco ninguna forma de reacción más limpia, entusiasta, indolentada que la que esta gran corriente entraña frente a la incuestionable y acuciante desigualdad de resultados entre la historia de la ciencia y la filosofía. "...se difunde un escepticismo que amenaza desacreditar totalmente el gran proyecto de una ciencia rigurosa... y de una filosofía como ciencia rigurosa. En lugar de ceder precipitadamente a este escepticismo, me parece más justo, y la gran tarea de nuestro tiempo, llevar a cabo una meditación radical para exponer intencionalmente el verdadero sentido de esta idea de la filosofía y mostrar la posibilidad de realizarla. A la filosofía "como ciencia rigurosa", y como universal y absolutamente fundamental, no debe renunciarse antes de hacer de nuevo y con la más radical seriedad un intento de fundamentarla realmente" (6). Nos dice elocuentemente Husserl. Reacción, empero, apuntemos ya; tampoco libre de ingenuidad, de inatención para las peculiaridades de la objetividad filosófica, y las pobreza y miserias con que su objeto, tan ambicioso puede darse en el conocer del hombre en esta vida.

De este modo, todo a lo largo del pensamiento moderno se desenvuelven dos grandes corrientes doctrinales cuyo cauce es precisamente esta preocupación contrastativa de la filosofía ante la ciencia en progresivo auge. El cartesianismo inaugura el intento de fundamentación de la filosofía con un sentido de reorganización epistemológica que, con la fenomenología husserliana, pervive en nuestro tiempo. El positivismo es ya preludiado por Bacon en el Renacimiento, abogándose una revolución en el conocer humano suplantadora de las viejas aspiraciones filosóficas por una nueva actitud volcada a la mera captación de las regularidades empíricas que la ciencia bautizará como leyes. Pasando por la crítica de Hume, el positivismo decimonónico llevará a formulación sistemática la expulsión de la ontología filosófica del recinto del saber humano, que el neopositivismo lógico recoge en la actualidad.

Junto a dichas corrientes, y en íntima conexión con la dirección "fundamentante", aparece en nuestros días la "filosofía científica". También en ella se acoge la desilusión frente al espectáculo de la tradición filosófica. La reacción, no obstante, se cifra en la utilización de la ciencia como instrumento salvador de la filosofía. Se trata, así, ya de convertir a aquélla en base adecuada y punto de arranque de la meditación filosófica, ya de referir las técnicas de las ciencias positivas a la filosofía para utilizarlas en el recinto de ésta, o, al menos, inspirar en ellas de un modo explícito y directo la metodología filosófica. El primer caso es el de la metafísica inductiva o del realismo crítico. Basándose en los resultados de la ciencia se aspira a captar, aunque normalmente con una certeza meramente probabilista o hipotética, la entraña de lo real, la cosa en sí. El segundo caso es el de los autores, que

(1) KANT: *Crítica de la razón pura*. Trad. García Morente. Madrid, Suárez, 1928. pág. 19.

(2) *Ibid.* 20, 23 y 25.

(3) *Ibid.* 27, 28.

(4) *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir*. Traductor, Besteiro. Madrid, Jorro, 1912. Pág. 2.

(5) MEURERS J.: *Philosophie und Naturwissenschaften*, en *Philosophia naturalis*. Band I (1951), 337-347.

(6) HUSSERL: *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Trad. Gaos. Fondo de Cultura Económica. México, 1949. Pág. 373.

confían en comunicar un nuevo e insólito rigor a la filosofía mediante la aplicación de los recursos de la lógica actual, la lingüística filosófica, la axiomática, o los hallazgos y métodos de la psicología.

En esta segunda línea realmente, más que una orientación de pensamiento sistemática y consolidada, encontramos heterogéneos vislumbres. Las técnicas lógicas y semánticas, en efecto, han sido en general creadas en un clima de destrucción de la filosofía. Hijas de pensadores positivistas en gran parte han visto sus creadores en ellas armas con que, lejos de consolidar, aniquilan el saber filosófico, reduciendo sus capacidades fundamentadoras al científico positivo tan sólo. Así, tan expresivamente, los trabajos de Carnap y Ayer. Esta utilización negativa, empero, reposa sobre supuestos metafísicos empiristas tomados acriticamente. Y así, desde supuestos más amplios, ha empezado a reclamarse la aplicación de estos nuevos recursos con una intención antitética, como los instrumentos de rigor en el campo epistemológico, en que la precisión es al par máximamente necesaria y difícil: el orbe de la filosofía. En esta forma, por ejemplo, algunas finas páginas de P. Filiasi Carcano.

En sentido análogo debemos indicar algunos conatos de comprensión de la historia filosófica y especialmente de superación de la pluralidad sistemática como último enigma a través de los recursos psicoanalíticos y caracterológicos de la psicología actual. Si lógica, lingüística y axiomática nos llevan a la precisión con su seciente eliminación de pseudoproblemas o solísticas diferencias, las técnicas psicológicas nos llevan a la comprensión del modo en que los sistematismos filosóficos en su singularísima complejidad se engarzan a las fuerzas subjetivas de sus creadores, a veces insuficientemente claras.

El espíritu que desde su época anuncia ya con extraordinaria luminosidad la idea de una "filosofía científica" es el de Brentano. Los dos grandes momentos de esta concepción son explícitamente enunciados: la minoría de edad actual del saber filosófico abocada a una superación maduradora y la necesidad de aplicar en el reino de la filosofía una metodología inspirada en la de las ciencias naturales. «... Es completamente imposible que la filosofía haya podido alcanzar en nuestros días un grado de desarrollo superior, y... por consiguiente, fundándose en su actual estado retardado, no es lícito sacar la conclusión de que sea absolutamente imposible un progreso científico en ella" (7). "... Solamente un método análogo al de las ciencias de la naturaleza podrá salvar las ciencias del espíritu. La edad de oro de la filosofía... se encuentra más bien ante nosotros, y el porvenir dará soluciones reales a cuestiones sobre las cuales aquella época clásica

sólo supo proferir negaciones del modo más arrogante" (8). Ya, desde sus primeros momentos, define terminantemente Brentano la tesis "vera philosophiae methodus nulla alia nisi scientiae naturalis est".

* * *

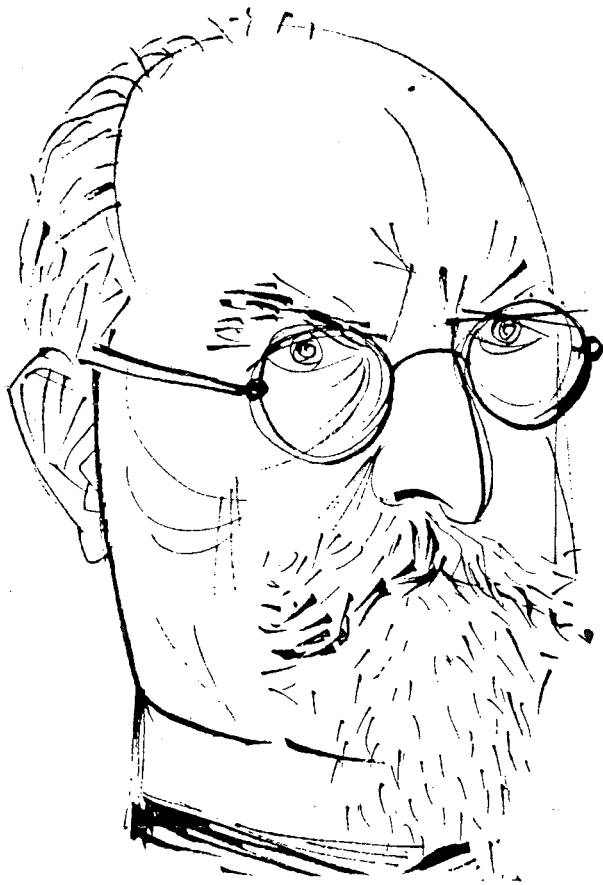
La triple reacción comentada frente a la grave impresión, que en el ánimo queda tras la comparación entre los resultados históricos de la ciencia y la filosofía, se mueve conjuntamente bajo el espejismo consciente o inconsciente de la ciencia. En el positivismo es tan claro que conduce a una actitud suplantadora. En la filosofía científica, no menos expresivamente, a un conato de imitación o discencia metodológicas. Más larvadamente vive esta intención en la preocupación fundamentadora de la filosofía enterañada en el cartesianismo, el kantismo o la fenomenología. Pero una mirada profunda no deja tampoco en este caso de percibir dicho espejismo. Directamente, en cuanto repercute en la crisis de que dichos sistemas brotan. Soterradamente, en cuanto en el ánimo de sus creadores inspira las soluciones metódicas que trasladan al campo filosófico una concepción en realidad matemática o física, y alumbra el ideal mismo de una filosofía concebida con cánones formales de rigor, indiscutibilidad y continuidad análogos a los de la ciencia positiva (9).

Ahora bien; frente al contraste glosado, ciencia-filosofía, la tarea que más rigurosamente se nos impone es la de alumbra el sentido último de esta desigualdad de resultados a través de la comprensión de las peculiaridades de la objetividad científica y filosófica con sus indoles probativas. Pocas veces, creemos, el problema ha sido encarado de esta forma directa y explícita. Y, sin embargo, solamente a la luz de su consideración se conseguirá convertir lo que es impresión vaga de fracaso filosófico frente al éxito de la ciencia con visión cabal del significado de esta diversidad de resultados en realidad implicada ya en la consistencia de los saberes científico y filosófico. Ante la confusa impresión de desaliento y el deslumbramiento científico que, impulsando a una renovación se hacen constantes de todo un sector capital del pensamiento moderno, debemos proponernos, con la exigencia más exacta, recuperar conscientemente la genuinidad del objeto filosófico, en lugar de tratar de adulterar su índole. Quizá entonces aparecerá como timbre de grandeza el fracaso de la filosofía ante la provisionalidad elemental de los límites que el éxito científico alcanza.

La eficacia probativa de ciencia y filosofía, en efecto, no es idéntica. En ambos saberes topamos en última instancia, como soporte último de todo mecanicismo demostrativo, con el concepto de evidencia. Evidencia, que si ha de tener un sentido ortodoxo será la evidencia impuesta desde el objeto mismo, y no la conseguida desde la subjetividad arbitraria del contemplador. Evidencia objetiva en tal sentido. La diversa naturaleza de los objetos de ciencia y filosofía, no obstante, repercute en dos tipos diversos de eventualidad objetiva. La evidencia del objeto filosófico es, diremos, una evidencia "cuestionable". La propia de la objetividad científica, en cuanto más crasa, obvia, "incuestionable".

La ciencia, en efecto, opera en el plano de lo fenoménico, al menos en una primera instancia, en lo que nosotros designamos como "estadio positivo legal" de la misma (10). Ahora bien; el concepto científico de "fenómeno" supone el intento de situarse aquende todo profundo problematismo, recluidos en los modestos límites de lo inmediatamente empírico. De esta posición peculiar resulta precisamente la incuestionabilidad de la positividad científica y la provisionalidad de sus límites para satisfacer en este primer intento las exigencias de la razón humana. Grandeza y servidumbre de la ciencia en su contundencia y en su limitación simultáneas en la seguridad con que alcanza unos objetivos, orlados de provisionalidad empero.

La filosofía, en cambio, acogiendo las exigencias más honradas de la razón humana, desborda el plano de las constataciones fenoménicas, persiguiendo una captación adecuada de la realidad. Del fenómeno—entendida esta palabra en su utilización científica, subrayemos—pasamos a la aprehensión del ser. Y es aquí en donde se desenvuelve un orden peculiarísimo de dificultades. La inteligencia humana conoce el ser por vía meramente abstractiva, a partir del dato sensible. Endezada la razón humana, todo intelecto, hacia la captura del ser, no lo conoce con la connaturalidad intuitiva de la mente angélica. Es así como el fenómeno, permaneciendo en el orden de lo inmediatamente dado al conocimiento humano, en el plano empírico sensible, se ciñe más a las limitaciones propias de la carnalidad del espíritu humano. Permanece en un



Edmundo Husserl.

(7) BRENTANO. *Las razones del desaliento en la Filosofía*. en *El porvenir de la Filosofía*. Trad. Zubiri. Madrid, «Revista de Occidente». 1936. Pág. 97.

(8) BRENTANO: *El porvenir de la Filosofía*, pág. 80.

(9) Esta acción de la ciencia sobre el problema metodológico y crítico de la filosofía moderna ha sido tratada por nosotros en *Sobre el plantamiento del problema epistemológico*. «Revista de Filosofía», tomo VIII (1949), págs. 639 a 653, insinuando en finas sugerencias de Gilson.

(10) Cfr. para este concepto y líneas sucesivas nuestra obra *Física y Filosofía*. «El problema de la relación entre la ciencia física y la filosofía de la Naturaleza».

orden de obvia patencia que explicita la contundencia y unanimidad con que el hallazgo científico se impone.

Lo indicado vale para el dominio de las ciencias naturales, en el cual el concepto de fenómeno, como lo dado empíricamente en un sentido inmediato, se cumple perfectamente. La objetividad matemática plantea para nosotros más complejos problemas. Nos limitaremos a apuntar cómo estas ideas alcanzan aún el dominio matemático, si bien en un nuevo y peculiar sentido. Hay, en efecto, también, un tipo de fenomenismo matemático; una resolución de los conceptos matemáticos en el plano de lo inmediato. Aunque se trate ya, no de una inmediatez en nuestra experiencia de la realidad, sino en el orden de la imaginación pura en que la matemática se da. Operamos en él, no en el campo de lo real, sino en el de las puras posibilidades ordenativas. Y el fenomenismo aquí aparece referido al modo inmediato en que los objetos se presentan en la experiencia ideal del matemático. Sobre esta fenomenalidad inmediata descansa la contundencia de la demostración matemática. Supo Kant, con acierto, alumbrar esta última comunidad existente entre matemática y ciencia natural, relativa al modo fenoménico de presentación de sus objetos aprehensibles en una u otra forma de experiencia real o ideal, a diferencia de lo que en el conocimiento metafísico sucede.

Una consideración profunda de la historia de la ciencia nos hace comprender el sentido de lo indicado y la rapidez excesiva con que se arguye la continuidad de la misma. En realidad, la continuidad de la historicidad científica se realiza tan sólo en la transmisión de sus conquistas empíricas y formulaciones legales. En lo que hemos designado como estadio positivo-legal. En la dimensión teórica del saber científico, en cambio, apreciamos una innegable discontinuidad. Unas teorías son sustituidas por otras, que las rectifican o niegan mu-

chas veces. La sustitución de leyes tiene un sentido de aproximación progresiva. La de la teoría, en cambio, un valor de repulsa y contradicción a veces. La teoría, en efecto, salta allende lo fenoménico para buscar en hipótesis ultraempíricas la explicación de las constantes experimentales formuladas por la ley. Y aquí no cabe ya la probación por reducción a términos inmediatos. Cabe, sí, que lo que inicialmente era teoría o hipótesis ultraempírica se conquiste para una aprehensión inmediata en la ampliación constante que las técnicas científicas permiten al reino de la experiencia. Entonces lo teórico se habrá convertido ya en ley positiva. Sabemos, no obstante, que en esta conquista misma se levantará un orden nuevo de interrogantes que intimará una nueva y trascendente instancia explicativa.

Así, la evidencia científica, incuestionable en cuanto asensatan, se nos muestra, no obstante, como un primero y tada sobre la inmediatez fenoménica con que sus objetos se provisional estadio en el saber humano. Su aparente superioridad sobre la evidencia filosófica descansa, en realidad, en la modestia de los límites en que se halla recluida. Insatisfactoria en sí, levanta un orden inquisitivo, el del ser, el de la aprehensión más honda de la realidad, a que la teoría científica y más resueltamente la filosofía, trata de responder. ¿Debe la filosofía dejarse deslumbrar por el fácil espejismo de la unanimidad y progresividad de la historia científica? Nada más engañoso para el fiel cumplimiento de su misión. En las dificultades innegables con que el intelecto humano gana la comprensión del ser, se basa la ruptura de la unanimidad en el campo filosófico. Pero perenne, ineluctable, la indagación humana levantará la vieja y perdurable cuestión ontológica. Percibir las fatales limitaciones con que ésta puede ser elaborada por el entendimiento carnal del "homo viator", y resignarse sin desesperar en ellas, es actitud verdadera de sabiduría.

EXIGENCIA DE SINTESIS

(Fragmento de la alocución de Su Santidad Pío XII a los filósofos, en el Congreso Internacional de Filosofía, de Roma, el 20 de noviembre de 1948.)

Desde los primeros balbuceos de la especulación racional, después de que el hombre comenzó a reflexionar sobre el universo exterior y sobre su mundo interior, el filósofo no se preocupó únicamente de observar el contorno visible de las cosas, inmediatamente accesible a la experiencia, sino que se esforzó siempre por romper la envoltura exterior, por penetrar en el alma, por captar la esencia, por adivinar la naturaleza y la estructura íntima, hasta formar un concepto abstracto de sus particularidades contingentes y darles así una existencia espiritual en su pensamiento. De este modo, al mismo tiempo que ennoblece y espiritualiza lo real, la Filosofía descubre todo lo racional embebido en lo real mismo—donde mora como escondido e inaccesible a la aprehensión de los sentidos—para dirigirse al objeto propio del espíritu, pronta a abrazarlo en una visión amplia y comprehensiva.

Y no solamente ella despoja, por así decirlo, de sus caracteres concretos y materiales a todas las cosas, sino aun las inunda de la luz de su universalidad. Así como el espíritu humano no se detiene en las apariencias, en los fenómenos, del mismo modo no se satisface con una contemplación dividida y fragmentaria de las partes del universo, que le impediría ver los enlaces, determinar las causas y los efectos y advertir los principios que las gobiernan, las subordinan, las coordinan en un cuadro acabado de una armoniosa unidad. Nadie intenta desconocer o poner en duda el valor del análisis, al que el moderno progreso debe tanto. Pero, ¿no es cierto que la hora presente reclama una síntesis? ¿No senti-

mos ya el peligro de que la Ciencia actual—que debería ser generadora y tutora de civilización—caiga en decadencia y se pierda en la dispersión, en las limitaciones, en el predominio absoluto de la especialización?

¡Oh maestros del pensamiento, observad la joven generación! Ella vuelve con angustia sus ojos hacia vosotros porque siente que tiene derecho a esperar de vosotros más que de los demás. Aspira a grandes ideas, a una síntesis intelectual que dé un sentido y un orden a toda su vida. Después de los grandes horrores que esta juventud ha tenido que sufrir estos últimos años, siente la intensa necesidad de una doctrina clara, fuerte, sólidamente enraizada en el espíritu y capaz de salvarlo; tanto de un materialismo mezquino como de una tendencia exclusiva al éxito mecánico, al abatimiento o a la inacción.

La inquietud, la angustia del hombre puede ser rechazada durante un momento por la visión y el estudio de construcciones eruditas e ingeniosas: versión pasajera, como un sueño en medio de una noche agitada, si la construcción, por muy sabia y aparentemente equilibrada que sea, no apoya sobre la roca. Mientras el hombre no obtenga una respuesta definitiva y satisfactoria a las cuestiones: cuál es el sentido de la vida, el sentido del dolor, el sentido de la muerte, conservará la impresión, desgraciadamente real, de que la tierra le falla bajo sus pies. Pero ¿qué respuesta puede dar la Filosofía si no se funda ella misma sobre lo absoluto, sobre un Dios personal, origen y fin de todas las cosas?

Una explicación únicamente materialista y determinista del ser y de la Historia, inconciliable con las verdades psicológicas, morales e históricas más elementales no podría satisfacer al hombre ni darle la felicidad y la paz.